

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

LA VIDA EN MADRID



Moda de paraguas hechos para resistir chubascos de cascotes y peñascos y cornisas y antepechos.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Una joven sensible, por Juan Pérez Zúñiga.—En la barbería, por José López Silva.—La banda de cornetas, por Eduardo de Palacio.—Haz bien..., por Sinesio Delgado.—Los dos caballos, por José Estremera.—Humoraditas, por Federico Canalejas.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: La vida en Madrid, por Cilla.—Manuel Rodríguez en *El dúo de La Africana*, fotograbado de L. Romea y C.^a—La recomendación.—Anuncios, por Cilla.

DE TODO UN POCO

Como gallego declaro que he visto con satisfacción el decreto del ministro de la Guerra aplazando las reformas militares que iban á despojarnos de la capitana general de la Coruña; pero como funcionario público y, por ende, hombre de orden, no puedo menos de experimentar penosísima impresión. Esto de que prevalezcan las rebeliones, con menoscabo del principio de autoridad, produce en nosotros, los partidarios del gobierno constituido, honda amargura.

—¿Adónde vamos á parar?—me pregunto yo, siempre que cobro mi sueldo y viene á mi memoria cualquier acto de rebelión triunfante.—¿Cobraré muchos como éste?

Estoy, pues, en el caso, por la parte de sueldo que me toca, de recomendar al gobierno la mayor virilidad posible, si hemos de seguir disfrutando de la nómina. La debilidad puede conducirnos á la anarquía, y llegará el caso de que nos presentemos á cobrar y nos contesten:

—No se canse usted en venir, porque se ha acabado todo.

—Yo soy empleado del gobierno, y percibo haberes del Tesoro.

—Ya no hay gobierno, ni Tesoro, ni nada absolutamente.

—¿Por qué?

—Porque ha triunfado la santa anarquía.

No hace mucho tiempo que se declararon en huelga los telegrafistas y se salieron con la suya. Entonces no era yo empleado y por consiguiente me indigné muy poco. Ahora triunfan los enemigos de las reformas militares, y como á Dios gracias disfruto de un sueldo que me da el Estado, la indignación me ciega y no puedo menos de decir al presidente del Consejo de ministros:

—Virilidad, Sr. Sagasta, mucha virilidad. Estas contemplaciones pueden conducirnos al caos...

Pero vuelvo á declarar que, como hijo de Galicia, estoy contentísimo; de modo que en el Centro gallego abrazo á mis compatriotas por el excelente resultado de sus protestas; y como funcionario público apoyo la frente en las manos, y me sumerjo en un mar de profundas consideraciones acerca de mi porvenir, dada la debilidad del gobierno.

Lo peor es si cunde el ejemplo y mañana, pongo por caso, se niegan á pagar la contribución los industriales españoles, que todo puede suceder. Entonces el Estado carecerá de recursos y no habrá quien me pague á mí, ni á Pérez Zúñiga, ni á Bustillo...

Y tendré entonces que dedicarme de lleno á la prensa periódica, que es como si le condenasen á uno á trabajos forzados; y volveré á escribir en una porción de periodiquitos que pagan poco y mal, ó no pagan de ninguna manera. Y soportaré de nuevo á ciertos directores que empiezan por decir al mísero escritor:

—Hágame usted un artículo para el jueves... ¡Ah! Y que sea muy gracioso... ¡Ah! Y que haga dos columnas y media. ¡Ah! Y no lo mande usted á cobrar hasta el sábado de la semana que viene... ¡Ah! Y le advierto á usted que no pago más que veinte pesetas.

Si por debilidades del gobierno se acaba aquí el principio de autoridad y nos quedamos sin fondos con que hacer frente á las necesidades del Estado, tendré que volver á luchar con los administradores que no están nunca en la administración, y cuando están es para decir encogiéndose graciosamente de hombros:

—Amigo mío, hoy no le puedo á usted pagar; porque al director se le ha muerto una perra de lanas y quiere enterrarla en el cementerio civil.

—Bueno ¿y qué?

—Nada, que se ha llevado todos los fondos de la administración para hacerle un entierro suntuoso.

Yo estuve para cobrar un artículo dos años y medio, y al fin me dieron tres pesetas falsas. Cuando fui á entablar mi reclamación,

tuve que sacar un revólver, porque me querían matar entre el dueño del periódico y su señora. No sólo no me cambiaron las tres monedas, sino que, además, salió un suelto en el periódico concebido en estos términos:

«Ha dejado de pertenecer á nuestra redacción D. Fulano de Tal. Los lectores no perderán gran cosa.»

En fin, á mí me conviene mucho ser empleado de la nación; de suerte que cualquiera noticia de crisis me alarma, y cuando noto que el gobierno carece de virilidad, ya creo que voy á perder los haberes que me corresponden. Antes oía decir que entraban en el poder los conservadores... y como si no; me contaban que había agitación en el campo revolucionario y... ¡nada! Leía que el socialismo iba á celebrar una manifestación imponente y me quedaba tan fresco; pero ahora, en cuanto me dicen que Capdepón, por ejemplo, está á punto de producir una disidencia, ó que ha estallado una caja de cerillas, ó que ha dado el grito un cabo segundo en la Fuente de la Teja, ya no tengo reposo, ni me sabe á nada el tabaco, ni saludo en la calle á los amigos.

Á tal punto llevo mi amor á la nómina, que he dejado de reunirme con Félix Llana, porque pertenece á un comité zorrillista y es redactor de *El Ideal*. No quiero que se me confunda con los «eternos enemigos del orden», que diría *La Correspondencia*.

Viene Llana y me dice:

—Esto tiene que desaparecer.

Y yo le contesto:

—¡Hombre! Respeta mis opiniones. Soy funcionario público y no está bien que oiga esas cosas.

—La república se impone.

—Mira, Félix, si no cambias de conversación yo me retiro.

Porque no quiero de ninguna manera que se me confunda con los enemigos de la legalidad.

Yo, con tal de no tener que escribir dos artículos diarios, como en la época de mi cesantía, estoy resuelto á todo, hasta á ingresar en la exjuventud católica, si mañana nombran á Carulla presidente del Consejo de ministros.

* * *

Y dicho todo esto—y bromas aparte,—envío mi cariñosa felicitación al pueblo coruñés, al Centro gallego y al elocuente diputado Sr. Mella.

LUIS TABOADA.

(Prohibida la reproducción.)

UNA JOVEN SENSIBLE

—No lo niegue usted, Carmen, y estoy completamente
usté ha llorado. desesperada.
Tiene usté el ojo izquierdo —Pero bien, Carmencita,
todo irritado ¿qué causa existe
y el derecho con gotas, para que usted se encuentre
y las narices llorosa y triste?
del color de las patas ¿Ha sido usté ofendida
de las perdices. por algún pillo?
Y es que usté sufre mucho, ¿Tienen tal vez sus padres
pero lo calla. el garrotillo?
En su pecho se libra ¿Han sufrido quebranto
ruda batalla sus intereses
y no quiero, ni en broma, y algunos españoles
que usted sucumba. se han vuelto ingleses?
—¿Va usté á ser reservado? —No, señor; el motivo
—Como una tumba. de mi locura
—Pues sabrá usté mis penas, es que sé que está Juana
amigo mío. con calentura.
Hace unos cuantos días Y por eso no duermo
ni me sonrío, ni tengo gana.
ni voy á los teatros —Pero bueno, ¿quién diablos
ni á los paseos, es esa Juana?
ni tomo en las comidas —Según dicen, es una
más que fideos. prima tercera
Cuando me quedo sola del cuñado de un tío
suspiro mucho. de mi portera.
¡Suspirando ayer noche —¿De verdad? ¡Caracoles!
prendí un cartucho! ¡Quién lo diría!
Yo, que solía siempre ¡Qué disgusto tan grande,
bailar por cinco, Virgen María!
ya llevo una semana Comprendo que usted sufra
sin dar un brinco. con toda el alma.
Ni vivo ni sosiego, Pero Dios está arriba.
ni duermo nada. ¡Tenga usted calma!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

TEATRO DE APOLO



CUADRO 1.º



CUADRO 2.º

Manuel Rodríguez en el papel de *Cherubini* de la zarzuela *EL DÚO DE LA AFRICANA*, de los Sres. Echegaray (M.) y Caballero.

EN LA BARBERÍA

—¡Adelante, don Arturo!
 —Vuelvo.
 —¡No se vaya usted!
 —Hasta la tarde.
 —Pero, hombre, si están acabando tres y no hay delante más que este señor!
 —Bueno, esperaré.
 —Naturalmente...

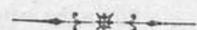
 ¡El primero!
 Buenos días. ¿Qué va á ser?
 —Afeitarse.
 —¿Todo?
 —¡No! ¡Todo no, señor!
 —Dispense usted; como hay algunos que quieren que se les deje la piel talmente monda y lironda, dije digo: quizás que también al señor le guste.
 —Pues no me gusta.
 —Está bien, y hacé usted perfectamente. ¡Agua y paño, Bernabé!
 Sí, señor, porque yo creo que el hombre debe tener alguna cosa en la cara; no tan sólo por mor del carácter que da, si no por lo que agracia también. Ahora, si su ocupación ó su oficio ó su quehacer le obligan á que se afeite, ya varía, ¿verdad usted?
 —Porque claro que un torero con mosca, es un suponer, ó un sacerdote con pera nunca pueden estar bien. Por lo demás, lo que yo me he dicho más de una vez: cuando Dios les da los pelos á los hombres, por algo es! ¿No está usted conmigo?
 —Bueno.
 —Saque usted un poco la nuez.
 —¡Hoy irá usted á Jai-Alai?
 —No.
 —¡Caray! pues vaya usted, porque creo que han armado un partido de chipén.
 —¿Sí?
 —¡Como que juega Irún!
 —¡No es mal delanterol!
 —¡El rey!
 Y además juega Pedrós.
 ¡Buen trasero! ¿Verdad usted?
 —No le he visto.
 —¡Pues no dice que no le ha visto, rediez!
 Puede que sea usted el único que no conoce á Grabiél.
 —Sí, señor, es muy posible.
 —¡Ah! ¿De manera que á usted no le tiran las pelotas?
 —Me tiran alguna vez, pero donde están los toros...
 —¡Ay, pues yo soy al revés!
 A mí, en dándome pelotas, no me puedo contener.
 Ahora tengo dos magníficas, de Pamplona.
 —Yo también.
 —¿Pero de cesta ó de mano?

—De mano deben de ser, aunque, como entiendo poco, casi, casi no lo sé.
 ¡Ay!
 —Eso no vale nada; es un cañón.
 —Está bien, pero me ha hecho usted la cusca.
 —Me choca, porque no hay tres navajas como ésta en todo Madrid.
 —¡Cal!
 —¡Como que fué de Sisí!
 —¡Sí!
 —Sí.
 —Pues siendo de Sisí...
 —No, y que después, yo no soy alabancioso, pero la manejo bien, porque por más que trabajo aquí, en la calle del Pez, hoy en día, soy discípulo de Almeida, que creo que es algo périto en el arte, y he servido alguna vez al señor Chas de Lamotte y á otros hombres de valer, sin que en jamás haiga habido quien se queje de Miguel Picamoixóns y Brutau, que es un servidor de usted.
 ¡Dice usted de la navaja!...
 ¡Ya hubiera querido aquel que está allí tenerla el día que sorprendió á su mujer!
 ¡La atraviesa! Porque el hombre tiene más alma que un buey.

Gracias á que no iba armado, que si no, ¡carcule usted! Ahora ha comprado una faca por si le ocurre otra vez; que sí puede que le ocurra, porque cuando la mujer llega á enviciarse... ¿verdaz? ¡Un cepillo, Bernabé!
 No quisiera verme yo en el mismo caso que él mientras me dure esta sangre, porque perdía la nuez en un cadalso.
 —Lo creo.
 —Bueno; servidor de usted. Allá va: tres y uno cuatro. Mil gracias.
 —Vamos á ver: ¿usted es oficial aquí?
 —Soy ayudante.
 —Muy bien.
 ¿Y trabaja usted...
 —Trabajo unas diez veces al mes: los sábados y los miércoles.
 —Corriente. ¿De modo que, si uno viene cualquier otro día, no le encuentra á usted?
 —No, señor.
 —Pues muchas gracias.
 Adiós.
 —Páselo usted bien.

 —Pues señor, tengo la suerte más cochina que la pez! Todos me preguntan eso, y ni Dios los vuelve á ver.

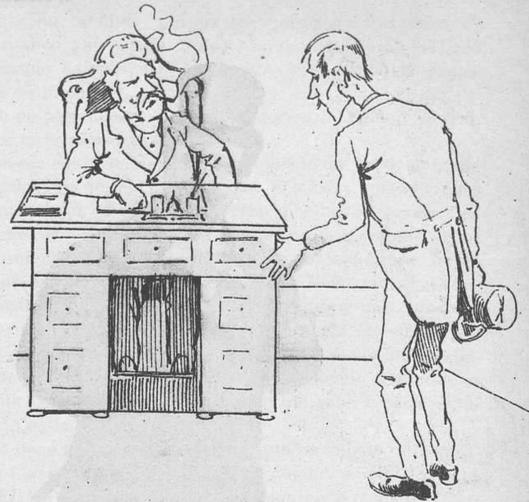
J. LÓPEZ SILVA.



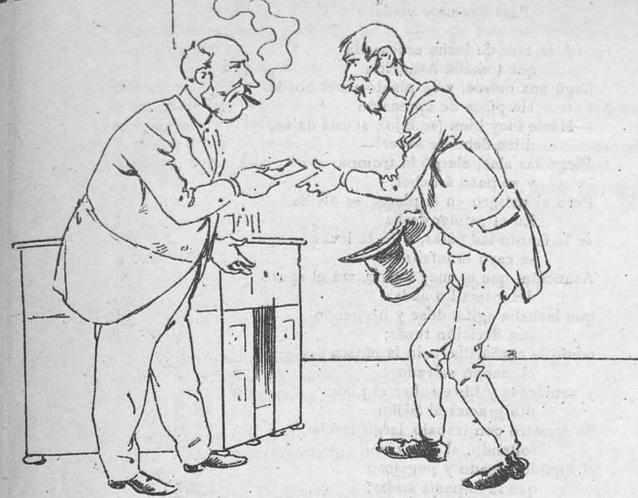
LA RECOMENDACIÓN



Don Ciriaco Soier y Sánchez gozaba tranquilamente de su empleo de oficial primero de Hacienda.



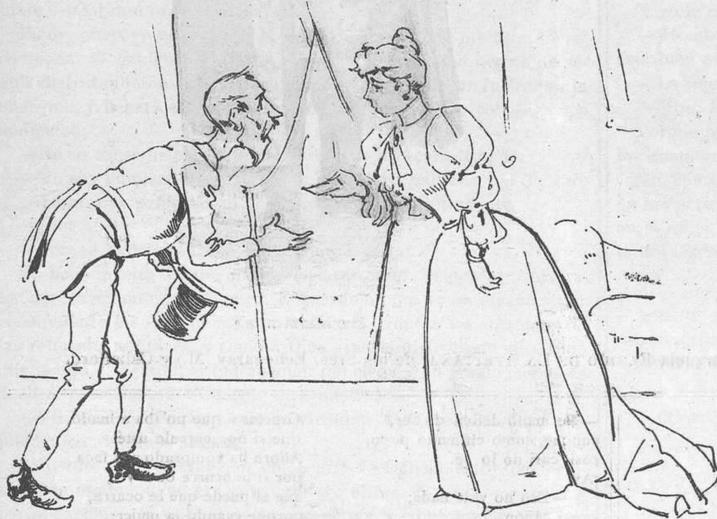
Cuando se le presentó, en demanda de auxilio, su antiguo amigo Policarpo Gutiérrez, cesante del ramo.



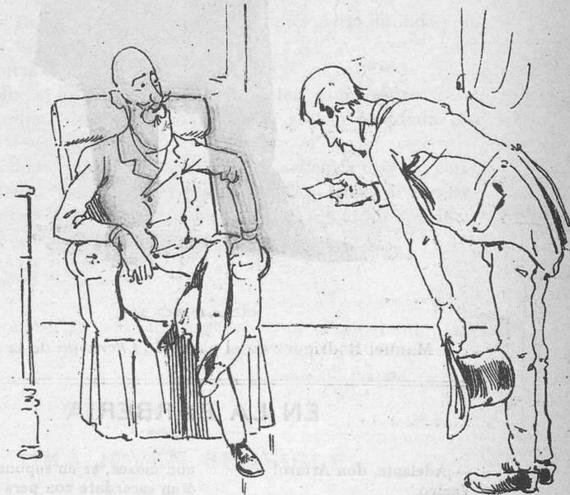
Para quitárselo de encima le dió una carta de recomendación para cierta señora, paisana del ministro, que le había colocado á él *in illo tempore*.



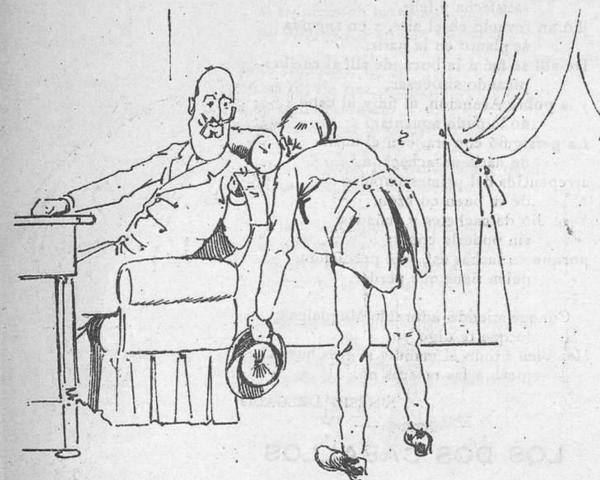
—Mi buen amigo D. Ciriaco me ha dicho que me presente á usted con esta carta, y como sé que usted tiene buen corazón y yo estoy, como quiea dice, con el agua al cuello...



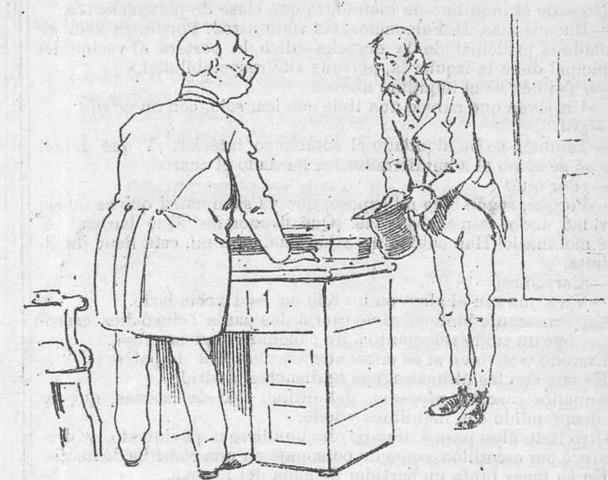
—Bueno, pues ahí tiene usted una tarjeta mía. Presentese con ella al ministro...



—La señora Roldán me envía con esta tarjeta para que V. E. tenga la bondad de no dejar en el mayor desamparo á un antiguo oficial de este ministerio.



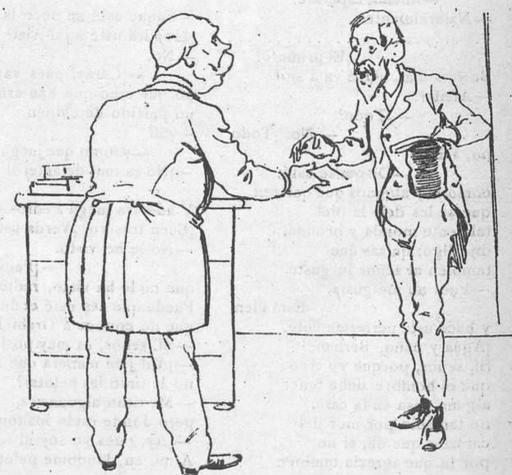
—Vaya usted inmediatamente con este volante al jefe del personal, y diga de mi parte á la señora Roldán que he tenido el honor de servirla en el acto.



—Bueno, yo veré el modo de hacer un hueco en seguida. Pásese usted por aquí mañana á estas horas.



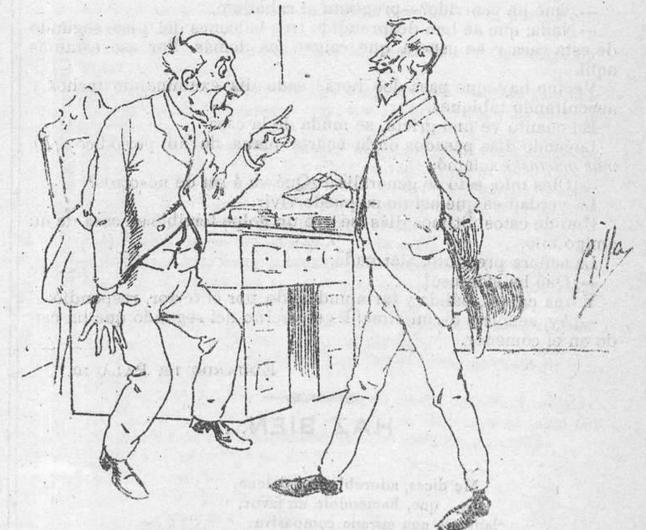
—Pues señor, ¿á quién cortaré yo el pescuezo? ¡Ah! Aquí hay uno que no tiene buenas alabas. Ciriaco Soier... ¡éste es la víctima!



—Ahí tiene usted. Puede usted tomar posesión cuando le dé la gana.



...ha tenido á bien dejar á usted cesante con el haber que por clasificación le corresponda.



—Pues ahí tienes. Vengo á tomar posesión de mi empleo de oficial primero.
—¡Ah! ¿Conque eras tú?
—Sí, chico, sí; gracias á tu carta, me han atendido inmediatamente.

LA BANDA DE CORNETAS

Es la obra lírico-dramática ó cómico-lírica que anunciaba en sus carteles la empresa del Príncipe Alfonso.

Ni siquiera añadía:

«Versificada por Fulano.»

Pero llega á tiempo la banda de cornetas para tocar el juicio final.

Antiguamente se suponía que un solo ángel trompetero tocaría á juicio.

Pero, dados los adelantos en todo, es indispensable una banda de «ángeles-cornetas.»

Porque se aproxima ese día, por lo menos para Madrid.

Será un juicio municipal, en vez de un juicio final, pero está encima, como quien dice.

Hundimientos, desprendimientos, petardos, las cogidas del Reverte, todo anuncia un fin próximo.

Ha empezado la intranquilidad en las familias.

Nadie tiene ya confianza en la casa que habita, ni en el casero.

Lo mismo le sucede á éste respecto del inquilino.

Hay recelos mutuos, justificados por experiencias.

—¡Si no me pagará!—piensa el propietario de la finca.

Y el inquilino piensa, también en secreto:

—¡Si me desahuciará este miserable!

Esta lucha sorda entre el capital y «los trabajos» da al fin, como resultado, la ruptura y el conflicto entre el deber y el cobrar.

El hombre honrado y conocedor de sus derechos, que debe tres pesetas á otro, tiene que odiarle por fuerza.

Por su parte, el acreedor tampoco puede olvidar las tres pesetas.

Y esto va labrando, lenta pero continuamente, la discordia social.

La inseguridad del domicilio atemoriza á los vecinos pacíficos.

No sabe el inquilino de bien entre qué clase de personas vive.

—Buenos días, D. Fulgencio. ¿Ha visto usted? Por fin ya está alquilado el principal de la derecha—dice la portera al vecino del principal de la izquierda, persona «de respetabilidad.»

—¿Y quién es el inquilino nuevo?

—Un joven que parece una tiple cómica, solo, con un criado.

—¿Eh?

—También se ha alquilado el sotabanco interior. ¡Y qué gente! Yo no sé cómo el administrador les ha dado el cuarto.

—¿Por qué?

—Porque, según dice mi esposo, que ya sabe usted que es de seguridad, todos son anarquistas. ¡Qué fisonomías! ¡Qué barbas! ¡Y qué mobiliario! Han subido un cajón que, para mí, está lleno de dinamita.

—¡Caracoles!

—Vive una con el alma en un hilo en este vecindario.

Un transeunte inofensivo ve caer á dos pasos ocho ó diez cascos y oye un ruido semejante á un cañonazo á quemarropa.

Cuando vuelve en sí se encuentra en una nube de polvo.

Es que con las últimas agnias se disuelve Madrid.

Aquellos cascos proceden del último piso de la casa, que se ha desprendido con inquilinos y todo.

Otro individuo pasa á tiempo de hundirse el pavimento, y desaparece por escotillón, como un personaje en una comedia de magia.

En su lugar brota un surtidor de agua del Lozoya.

Otro sujeto pacífico «siente caer á su vera» un cuerpo de persona.

Es el de una graciosa y apreciable sirvienta que se ha arrojado á la calle para litografiarse en las losas, por desengaños que la ha ocasionado su amante: un chico lacayo, de color de chocolate sin canela.

—Caballero, tenga usted la bondad de salirse de la acera—suplica un guardia de seguridad á un transeunte.

—¿Qué ha ocurrido?—pregunta el caballero.

—Nada; que se han desprendido tres balcones del piso segundo de esta casa y se espera que caigan los demás. Por eso estamos aquí.

Vecino hay que pasa dos horas cada día examinando techos y auscultando tabiques.

En cuanto ve una grieta, se muda de la casa.

Leyendo días pasados en la cuarta plana de un periódico: ¡No más grietas! exclamó:

—¡Dios mío, esto se generaliza! ¿Qué va á ser de nosotros?

La verdad es que así no se puede vivir.

Uno de estos últimos días se oyó un golpe terrible en casa de un amigo mío.

La señora preguntó, alarmada:

—¿Qué ha sido eso?

Y una criada, pálida y tartamudeando por el terror, respondió:

—¡Ay, señorita de mi alma! Es el vecino del segundo que ha caído en el comedor.

EDUARDO DE PALACIO.

HAZ BIEN...

Me dices, adorable Magdalena,
que, haciéndole un favor,
lanzaste una mirada compasiva
á un mendigo de amor,
y él, tomándolo en serio, te persigue
por doquiera que vas.

y te cansa, y te aburre y te fastidia...
¡Pues óyeme y verás!

A la taza de leche azucarada
que tomaba Asunción
llegó una mosca, y se plantó en el borde
sin pizca de aprensión.

—Huele muy bien (se dijo), si está dulce,
¡bien debe de saber!—

Plegó las alas, alargó la trompa
y se puso á beber.

Pero el peligro en el placer se olvida.

En el primer desliz

se le fueron las patas, y en la leche
se cayó la infeliz.

Asunción, que es muy buena, vió el apuro
del insectillo audaz

que luchaba agitándose y bregando
con decisión tenaz;

metió la cucharilla, asió la mosca

el mango salvador

y venturosa y libre sobre el plato
dió gracias al Señor.

Se arrastró con trabajo largo trecho,
soltando, al avanzar,

el líquido pesado y pegajoso
que la impedía andar;

y después de limpiarse las patitas
con mucha precaución,

para meta escogió del primer salto...
la frente de Asunción.

Allí probó sus fuerzas; se vió en seco,
satisfecha y feliz,

dió un revuelo en el aire, y en seguida
se plantó en la nariz.

De allí se fué á la boca, de allí al cuello
picando sin cesar,

y la pobre Asunción, al fin y al cabo,
no lo pudo aguantar.

La persiguió con ira, con el ansia
de darla un achuchón,

arrepentida del primer impulso
de su buen corazón.

Y se dió de cachetes y puñadas
sin poderla coger;

porque en luchas así, sale perdiendo
quien tiene que perder.

Conque atiende, adorable Magdalena,
lo que te digo yo:

Haz bien á todo el mundo, si eres buena...
¡pero á las moscas no!

SINESIO DELGADO.

LOS DOS CABALLOS

Van carretera adelante,
sufriendo el calor y el polvo,
dos caballos ya muy viejos,
mohinos y perezosos.

El uno flaco, muy flaco,
bajo el cuero sucio y roto

deja ver todos los huesos
de las ancas y del lomo.

El otro, aunque ya ha olvidado
hace tiempo que fué potro,

aún está de buenas carnes,
de buena estampa y lustroso.

—Amigo bayo—le dijo
el caballo flaco al otro,—

muy buenas tardes.

—Muy buenas—

le contestó,—amigo tordo.

—Puesto que, según parece,
llevamos los dos el propio

camino, que estos calores
van haciendo muy penoso,

podemos hacer que á entrambos
nos parezca algo más corto

yendo en amable compañía
y en amigable coloquio.

—¡Que me place, compañero!—
dijo complaciente el gordo—

y mucho lo necesito,
porque como yo estoy poco

acostumbrado á estas marchas
á estas horas, las soporto

muy mal.

—¿Sí? Pues ¿cómo es eso?

Porque, la verdad, nosotros
los caballos, ya tenemos

el oficio trabajado

de ir siempre de Ceca en Meca
en Enero y en Agosto,
tirando de algún vehículo
ó con fardos en el lomo.

—A mí no me ha sucedido

nada de eso; desde mozo

serví á un marqués, hombre rico
y persona de buen tono;

y como todos decían
que era yo un corcel hermoso,

me tuvieron muy cuidado
y saludable y orondo.

Algunas tardes solían
sacarme á pasear un poco,

y oía que por doquí
me prodigaban elogios.

¡Una vez llevé buen susto!

Fuí á la guerra; pero como
siempre estuve en el cuartel

general, me daba tono
de guerrero, sin que oyese

nunca los disparos próximos.

Cuando á la ciudad volvimos
alegres y victoriosos,

yo entré llevado del diestro
entre el general asombro...

Y hoy que me encuentro cansado,
decaído y achacoso,

me llevan á una dehesa
para que tranquilo y horro,

sin penas ni privaciones,
pase de este mundo al otro.

—¡Cuán distinta es nuestra suerte!

Yo trillé cuando era potro;
después tirando de un carro

arrastré el trigo y el mosto;

después estuve en la guerra.
—¡Como yo!
—No, de otro modo:
llevando un carro de heridos;
y en este oficio piadoso
me pegaron un balazo
y estuve dos años cojo.
Y ahora, como ya no sirvo

á nadie más que de estorbo,
voy á morir entre burlas
y silbidos y alboroto.
—¿Y dónde?
—Donde solemos
ir á morir casi todos
los de nuestra humilde especie
y condición: ¡á los toros!

JOSÉ ESTREMERÁ.

HUMORADITAS

¡Cuánto abundan hoy los duelos!
Voy á poner una fonda
y haré un negocio soberbio.

—¿Quieres lograr de Antonia los favores
y dices que la adoras?
Primero es menester que no la adores.

—Cupido es ciego, Juana, y pierde el tino.
¡Llévemole los dos al buen camino!

—A una cotorra he enseñado
á jurarme que me adora,
y me resulta lo mismo
que si lo juráis vosotras!

—¡Pobre de tí, Cecilia,
si tropiezas en tus redes
un hijo de los Padres de familia!

—Si te confiesas, Pura,
confiesa tú, sin que pregunte el cura,
que en el confesonario
á veces aprendéis lo innecesario.

—¿Qué es el amor platónico? Pues nada.
Una media tostada... sin tostada.

—Con tu cariño hay que hacer
lo que con un mixto ardiendo:
servirse de él, y apagarlo
en cuanto se acerca el fuego.

—Enseñame una carta de tu amante
y te diré quién es, pero muy pronto:
si te habla de ilusiones es un tonto,
y si te habla de boda es un tunante.

—*Il Barbieri* de Rossini
lo han gritado ayer.
—¿Qué horror!
—¿Y quién lo gritó?
—El tenor
Pandolfini.

—A pesar de tus muchas veleidades
te estoy profundamente agradecido,
porque ya me has querido
lo menos cinco ó seis eternidades...

FEDERICO CANALEJAS.



Un señor senador ha ido á la alta cámara á lamentarse de que las funciones de los teatros acaben á la una de la madrugada.
Y otro se ha quejado de que las señoras de la calle del Barquillo espen el paso de *La Bella Chiquita* aguantando desde sus respectivos balcones los rayos del ardiente Febo.
Con senadores así se va á cualquier parte. Porque si tanto interés demuestran en cosas de ese faste, ¿qué harán cuando se discutan los presupuestos?

—Y antes de que se me olvide: lo de meterse con las horas de concluir las funciones teatrales va picando en historia.
Unas veces son las personas serias las que ponen el grito en las nubes

por semejante desafuero, otras es un periódico que la toma con el público que trasnocha, y por fin, ¡hasta un respetable padre de la patria ha llamado la atención del ilustre Senado para que ponga correctivo á iniquidad tan espantosa si quiere evitar una catástrofe nacional!
Y es que hay muchísima gente que ha nacido para vivir tranquilamente en Valdeporras jugando al tute con el secretario del ayuntamiento, si es que hay secretario del ayuntamiento en Valdeporras.

Leo en un periódico muy importante:
«Hoy, 26 del actual...»
¡Porra! Eso lo ha escrito el mismo Gedeón que viste y calza.
Porque claro está que hoy tiene que ser del actual. ¡Estaría gracioso que hubiera usted dicho:
«Hoy, 26 del mes que viene...»

Se va á subir la carne
diez céntimos en kilo.
¡Vivan los concejales!
.....
(Ya me quedé tranquilo.)

Los navarros, que, como el resto de los españoles, no pueden soportar más impuestos que los que tienen... y gracias, han dirigido una exposición á S. M. la Reina pidiendo socorro contra el señor ministro de Hacienda. La exposición tiene 120.000 firmas y pesa 107 kilos.
El telegrama de donde tomo la noticia termina así:
«Se entregará al diputado Sr. Los Arcos.»
El cual dirá, como si lo estuviera oyendo:
—¿Y qué hago yo con esto ahora? ¡Porque con un par de mozos de cuerda no voy á poder presentarme en la regia estancial!...

El bando de la Junta de defensa de la Coruña es precioso y simpático. Porque empieza así:
«Se suspende el pago de toda contribución directa al Estado.»
¡Dios les oiga á ustedes! Porque á eso estamos, tuerta.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. B. L. M.—«Elisa, boy con claridad tu conducta á reprender, pero no te as de ofender si te digo la verdad...»
Ni boy se escribe así, ni as tampoco, á no ser que se trate del as de espadas, ni el primer verso tiene solamente ocho sílabas, ni... En fin, usted calcule!

K. Taplasma.—Yo bien quisiera complacerle, pero ¡si viera usted lo apurado que ando siempre de tiempo para meterme en tareas de tal empeño!...

Ma-k-rio.—Ni aun como escena de drama podría pasar, y eso que en el teatro no hay que cuidar tanto la forma. *Ainda más*, la idea es bastante cursi.

Jota Ge.—Pues tiene las faltas siguientes: el asunto es vulgar, la filosofía que encierra trasnochada completamente y la forma bastante endeble por añadidura.

Sr. D. J. I.—No señor, no está mal del todo. Escribe usted en prosa con facilidad y soltura, pero ¡ay! lo malo es que ya sabe usted que no podemos admitir artículos.

Otelo.—Tenga usted cuidado con el ritmo... para otra vez, porque ésta ya no tiene remedio.

Sr. D. F. A.—Los cinco cantares tienen la misma mácula. Que encierran una vulgaridad cada uno.

Rodajas.—Tampoco puedo aprovechar ninguno. ¡Ah! Mujeres famélicas no son las vengadoras, como usted cree, sino las que tienen hambre, lo cual es muy distinto.

Sr. D. R. M.—Los dos son inocentes, y al último le falta una sílaba en el postrer verso. De modo que no se podría cantar aunque se quisiera.

Merio ó Bario.—También es cursi de veras la composición. Parece una sátira de costumbres de las que se hacían el año treinta. Y el verso «sentí tristeza, mis ojos recorrían» no tiene once sílabas, como era su deber. Tiene más.

Trampa.—¡Vaya si está bien puesto el pseudónimo! Porque copiar una composición ajena y mandarla á ver si cuaja, no creo yo que sea jugar limpio.

Artemia.—¿Quiere usted que le diga la verdad? Pues mis cortos alcances no me han permitido entender una sola palabra.

Amanuense.—No están mal del todo. Pero tampoco tienen nada de particular, desgraciadamente.

Sr. D. B. R.—Tampoco está clara la idea, ni mucho menos. Y además, la composición se hace pesadísima. Porque hay que ver que tiene cien endecasílabos, en la mitad de los cuales no se dice nada de provecho.

Roque Guinart.—Pero ¿usted no sabe que los ovillojos resultan ahora gastados y viejos?

Sr. D. V. R.—Sí, déjese usted de coplas. No dan más que disgustos. Y cuando son malas se los dan, además, á todo el que las echa la vista encima.

ANUNCIOS



—¿Qué es esto? ¿Qué quieren los ángeles y serafines? ¿Tenemos otra como la de Luzbel?
 —Queremos que en la gloria haya mosaicos hidráulicos para pavimentos, baldosas especiales para aceras y patios, artesonados y florones para techos... de la casa *Escofet Fortuny y Compañía*, Alcalá, 18.
 —Pero si aquí no hay techos, pavimentos ni aceras...
 —¡Pues diga usted al Sumo Hacedor que los haga! ¡Nosotros no podemos prescindir de esas preciosidades!

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
 PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
 Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
 Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
 En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
 Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
 A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
 REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.
 Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO



—¿Alva te vas á quedar así, Lorenza. ¿Quieres tener buena trenza? Compra *Quina Palomar!* Fuencarral, 24. Droguería y Perfumería.



Si todavía viviera el marqués de Caravaca, en vez de chupa, tuviera americana de alpaca de las que vende *Pesquera*. Magdalena, 20.



Tirso recibe muchas enhorabuenas. Porque al quitar raigones quita las penas. Mayor, 73.



—¿Qué placer siente esta gata al lamer estos papeles! —Es que han envuelto pasteles de los de *La Flor y Nata*. Plaza de Celenque, 1.

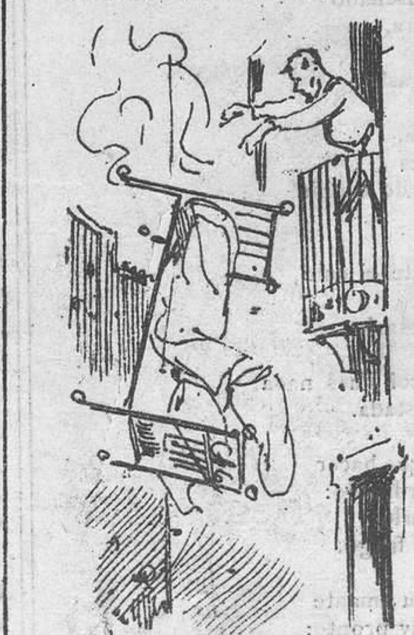


—Me he puesto como una sopa. Y sólo siento el chubasco por el sombrero de copa, que es de *García Carrasco*. Carretas, 26.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
 MÁLAGA—MANZANARES



En un incendio Ramón quiso sus muebles salvar, y se decidió á tirar la cama por el balcón. ¡Y no quedó destrozada con el golpe! ¡Ya se ve, la compró en el *Bazar de la plaza de la Cebadal* Número, 1.



—Me ha dicho mi prima Antonia que es un perfume sin par el del agua de Colonia... ¡de *Colonia Palomar!* Perfumería y Droguería. Fuencarral, 24.



Se instala la luz eléctrica sin dilaciones incómodas de manera sencillísima y rápida y económica. *Manuel Florentin*.—Ballesta, 20.



Tiene *Martínez* tal arte que el que una camisa prueba de las suyas, no las lleva más de ninguna otra parte. San Sebastián, 2.



Si la fiebre me rendiera, dadme, por Dios, de beber *Cognac fino de Moguer*, y así quizá no me muera. *Sobrinos de Guinea*, Carretas, 27. Depósito de vinos, Arenal, 2.

CHOCOLATES Y CAFÉS
 DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
 TAPIOCA, TÉS
 50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
 DEPÓSITO GENERAL
 CALLE MAYOR, 18 Y 20
 MADRID